

Arturo Zapata (1929-1950): apuntes sobre el editor moderno en Colombia

Sergio Pérez
Universidad de Antioquia

El editor, en el sentido moderno del término, aparece en Francia alrededor de 1830. Así lo sostiene el historiador Roger Chartier, director junto a Henry Jean Martin de la *Historia de la Edición Francesa* (1989), quien afirma que los tomos 2 y 3 de este emblemático proyecto marcan la separación entre las actividades editoriales del “antiguo régimen tipográfico”, donde aún permanece un vínculo muy fuerte entre poder y edición – recordemos que durante el siglo XV y XVIII se experimentó la apertura mercantil del libro gracias al invento de Gutenberg, pero la impresión demandaba aún altos costos patrocinados casi siempre por élites poderosas-, y la aparición de edición como profesión autónoma, una profesión a caballo entre el trabajo de vendedor de impresos y de intelectual

Para la aparición del editor moderno se precisaría en principio dos condiciones que tardaron en Francia en llegar hasta entrado el siglo XIX: primero, que el trabajo editorial se “emancipase” del comercio de la librería con la cual se confunde, pues el editor era pensado como un “impresor-librero”, que media entre autor y lector en una relación esencialmente comercial. Y segundo, que la totalidad del proceso editorial descansase en una sola persona, capaz de decidir desde la elección del manuscrito hasta las decisiones comerciales, pasando por el formato, las soluciones técnicas, el tipo de papel y, por supuesto, su influencia en el contenido de libro (Chartier 2005, 29ss). Así pues, fue necesario esperar la perfección de las técnicas de impresión que aminoraban los costos y que derivaban el éxito del proceso no solo al dueño de las máquinas, y a una nueva generación de autores y lectores que pronto empezarían a superar en número al público asociado a los centros universitarios y a las comunidades religiosas, a quienes se confiaban hasta el momento la mayoría de los libros.

A partir de Chartier (1998, 2005) se puede identificar entonces tres características que definen al editor moderno y que tienen que ver con las condiciones cómo circula, se produce y se leen los textos. La primera, alude al hecho de que el editor se veía obligado a implementar “estrategias editoriales” para poder vivir de la venta de sus impresos y con ello ampliar su influencia en un público que empezaba a encontrar el valor de los libros más en las ideas que contenía que en la sola materialidad de lo que representaba tener el objeto. La

aparición del libro de bolsillo y el libro por suscripción, que coincidiría con una crisis del papel y el desprestigio cada vez más alto de las aristocracias, serían las principales estrategias editoriales implementadas por las ediciones de Troyes en Francia, que le permitieron sobrevivir a un mercado cada vez más hostil para la impresión, pero con la consecuencia de universalizar al libro popular.

El segundo aspecto tiene que ver con la definición de un “catálogo de autores”. El editor no publica todos los textos a razón de un contrato con el autor o con el lector. Si algo define a un editor es la idea de selección de su grupo particular de colaboradores. Esta selección puede ser amplia y desordenada, o muy precisa y definida. No en vano la aparición de la figura del editor moderno, para el mismo Chartier, coincide también con la aparición del libro ilustrado: poner de acuerdo a todas las personas encargadas en el proceso (autor, ilustrador, librero, impresor) requería el concurso de una sola persona, y un proyecto de estas características, difícil de convencer sobre su valor cultural a los recién burgueses adinerados, adquiriría una personalidad que al final le imprimía su propio director. La edición es, pues, un ejercicio de selección, solo que esta elección no es caprichosa o gratuita. No debe olvidarse que la función de un editor al final es circular las obras y contribuir con ello en la construcción de un canon de autores, en cuya canonización, de principio secular para el editor moderno, luce ahora el adjetivo de “obras clásicas”, o su aberración más visible, “best sellers”.

Por último, el editor no tiene una relación pasiva sino activa con su potencial lector. Esta situación, al cual le ha prestado especial atención el mismo Chartier (1993), hace referencia a cómo la tipografía, la selección y el tipo de introducción, índices, notas de pie, ilustraciones, texto de la contra carátula, la carátula, el tipo de papel, entre otros aspectos formales del texto, atribuidos ahora a la responsabilidad del editor, inciden en la manera en cómo es leído una obra y, por ende, interpretada. Siguiendo al reconocido Don McKenzie (1983), todo sentido está inscrito en una forma material determinada que participa en la construcción del significado por parte del lector. De manera que proponer sentidos al lector es una parte de la práctica del editor moderno, pues estas decisiones inciden en la recepción de los lectores a quienes aspira llegar el libro. Al igual, pone en evidencia la relación dialéctica entre autores, lectores, editores, impresores, y otros agentes involucrados en la construcción de sentido de un texto.

Sin duda, uno de los méritos de la historiografía francesa del libro, cuya fecundidad ha sido comprobada en el contexto hispanoamericano en las dos últimas décadas (cfr Subercaseux 2000, Parada 2014, Castañeda 2003), es evidenciar que los estudios sobre la edición y producción de libros son más que una curiosidad histórica o consecuencia de una erudición vanidosa. La acción del editor moderno tiene íntima relación con la profesionalización de la figura del escritor y de un tipo de lector que se acerca a los libros no solo a encontrar la verdad, a confirmar la regla o la ley descrita en la literalidad de las palabras, sino también a divertirse, a imaginar y a cuestionar su propio entorno. De esta manera, la relación entre editor/autor/lector es dialéctica, porque los agentes dependen entre sí y construyen un campo de relaciones con unas reglas y autonomía determinadas que se especifica según sus propias circunstancias (Bourdieu, 1982; Escarpit, 1965). Como advirtió Robert Danton ([1982] 2008), los estudios del libro nos permiten entender el circuito comunicativo entre los diferentes agentes involucrados en la transmisión de las ideas a través del impreso. Aproximarnos al papel de un editor es abrir un prisma distinto al de la hermenéutica del texto, o a la caracterización social del autor o el lector, habituales en nuestra tradición crítica, y que nos permiten estudiar, desde otra perspectiva, el proceso de configuración de sentido de las obras en un contexto determinado.

Dicho esto, en esta ponencia quisiera delinear en breve la labor editorial de Arturo Zapata, un editor residente en Manizales que inicia su ejercicio editorial a finales de los años 20 del siglo pasado en Colombia y alcanza un relativo prestigio por la calidad de los autores y de sus ediciones. Pero con este perfil no pretendo resaltar una singularidad bibliográfica o heroizar un trabajo casi siempre discreto y a menudo invisible. Más bien se trata de apuntar algunas características que nos permiten entender los procesos de modernización que empezaron a surgir en relación con las prácticas literarias a través del análisis sobre la gestión y el trabajo editorial que implementa el editor Zapata durante los años 30 y 40 en Colombia. Para ello revisaré en breve algunas de sus estrategias editoriales, comentaré sobre su selección o canon de autores, y analizaré algunos de los sentidos propuestos al lector en sus ediciones, que nos permiten presentar a Zapata como un editor moderno y estudiar algunos rastros sobre su contribución al paulatino proceso de modernización del campo literario en Colombia.

Así pues, lo primero que llama la atención de don Arturo es el estar vinculado a una ciudad en medio de los Andes colombianos que para comienzos del siglo XX no superaba los 50 mil habitantes. Aislado de la capital y de los grandes puntos de distribución del comercio exterior, luego de un tenaz incendio que quemaría casi toda la ciudad incluida su catedral, símbolo vigente de una región anclada en valores hispano católicos, la ciudad de Manizales se convirtió en un foco de industrialización en el país y un punto importante de encuentro de la recién fundada industria del Café. A esto habría que sumar la circunstancia de una generación ‘intelectual’ caldense, que ya figura en los tiempos de Zapata, con una importante influencia política y económica, que logra ocupar altos cargos políticos en la administración central. El nombre de “grecoquimbayas”, apelativo irónico usado por la prensa capitalina, caricaturiza a este grupo que en su generalidad comulga con valores estéticos neoclásicos, se sirve de formas retóricas estafalarias en la expresión (evidente en los discursos políticos en el Congreso de muchos de sus partidarios), y se vincula a un acendrado nacionalismo con prescripciones ideológicas próximas al fascismo, populares gracias a la falange española (Cfr. Gil 2008). Hijos del regenerismo de Nuñez y las guerras civiles- su poeta predilecto era Guillermo Valencia- veían a la cultura principalmente como un símbolo de distinción social. Silvio y Aquilino Villegas, Tomás Calderón, Gilberto Alzate Avendaño, Fernando Londoño Londoño, Alberto Mendoza Hoyos, fueron algunos de los integrantes más representativos.

En medio de este contexto, el de una ciudad que nace bajo valores premodernos y, en transición, al mismo tiempo, a las ideas modernas; y entre una generación que pese a sus “exclusividades” era consciente de la necesidad del cultivo de las artes, Zapata inicia un proyecto editorial cuyo primer logro es la *Revista Cervantes*. Para la inauguración de esta publicación, celebrada el 23 de abril de 1929, asisten los principales políticos-intelectuales de la región, muchos amigos del mismo Zapata, y el acontecimiento es registrado en las páginas sociales de la prensa caldense y en una breve nota en *El Tiempo*. Aunque una élite intelectual con sesgadas perspectivas artísticas lo acoge, el nombre y la fecha escogidos para el lanzamiento pronosticaban la vocación literaria de la iniciativa más que un interés partidario o político. Por fortuna, la *Revista Cervantes* se convirtió no solo en una de las primeras revistas literarias en Manizales, sino también en una de las más importantes en su género durante sus algo más de dos años de subsistencia.

Una de las particularidades más notables de la *Revista Cervantes* es su preocupación gráfica y tipográfica, la cual fue apreciada por la mayoría de sus lectores contemporáneos y le garantiza un lugar en la historia del diseño gráfico en el país. Las carátulas ilustradas de Alberto Arango Uribe, acompañante incondicional de Zapata y quien después fundaría la academia de artes de Manizales, lo que es hoy el Departamento de Bellas Artes en la Universidad de Caldas, son cuidadas expresiones con sentido artístico (memorables las carátulas un de Beethoven, Simón Bolívar, Indígenas), en las que se usaron además innovadoras técnicas tipográficas para su impresión. El uso de cuatro tintas, que ayudaba a la claridad y nitidez de la imagen, el papel opaco importado ideal para este tipo de impresiones, junto a la armonía con el diseño tipográfico del título, eran testimonio de su interés por entregar un producto de alta calidad estética. El interior no era menos interesante: se juega con tipografías en poemas que abandonan la rima formal, se imprimen fotografías sobre lugares emblemáticos extranjeros y locales, existe en general una dinámica entre la imagen y el texto que establece una clara relación significativa.

Consciente del significado de la imagen y de la importancia frente al lector, el editor también considera el trabajo editorial desde una perspectiva industrial -quizás uno de los primeros que hablarían en nuestro contexto de la edición como una industria cultural-. Hacia febrero de 1930, con el lema “Consumir lo que producimos y producir lo que consumimos” se promueve en la *Revista Cervantes* una campaña por la industria nacional y una invitación a fortalecerla mediante el consumo. Eran tiempos de la crisis del 29 donde se especulaba sobre las mejores maneras de afrontarla y pronto se abriría a un periodo liberal en el cual se daría una transición, con sus particularidades en Colombia, a la economía capitalista moderna. La recepción fue masiva y reseñada por varias publicaciones y se destaca su intención de construir una cultura de compra y venta de bienes culturales que hasta ahora empezaba a popularizarse en Colombia. Luego utilizará como emblema para su propio sello editorial, que consolidaría años más tarde, "Compre, lea y regale libros nacionales: escritos, editados o traducidos en Colombia". Y si bien sus estrategias comerciales no fueron del todo exitosas, insistió en reconocer el valor comercial de la

edición y luchó por sobrevivir de una labor que después de todo realizó hasta sus últimos días.¹

Debemos agradecer también que el nacionalismo de Zapata tampoco nubló su juicio estético. Por el contrario, a diferencia de sus amigos “grecoquimbayas”, mucho de ellos de perspectiva radical, el editor tuvo más bien un espíritu abierto frente a lo literario. En la *Revista Cervantes* circularon, junto los autores caldenses de su generación, textos de jóvenes promesas de la literatura latinoamericana incluidos un breve texto de Vasconcelos, y Huidobro y adoptó el modernismo como una personalidad hispanoamericana propia. El nacionalismo para don Arturo significó mejor un abrirse al mundo; de allí su cercanía que se percibe con los movimientos hispanoamericanos que inspiraban, por ejemplo, la revista *Sur* en Argentina. La sección de cartas “Cervantes, ante el mundo intelectual”, rica en comentarios - muy favorables por cierto al investigador interesado-, confirma su interés por tejer redes nacionales de autores y lectores y llevar las publicaciones más allá de sus talleres. Era claro que en Manizales el público de sus ediciones se reducía casi a sus propios amigos. Para abrirse un espacio más amplio, escribió y remitió la revista a escritores e intelectuales como Baldomero Sanín Cano, Luis Nieto Caballero, Rafael Maya, al igual que a sociedades de tipógrafos, editores, directores de periódico, entre otros, nacionales y extranjeros. Además de la formal cortesía, se deja entrever en muchos de ellos una sincera admiración por el resultado de la publicación.

Meses después de un cambio de residencia a Bogotá, reseñado con entusiasmo por la prensa capitalina, la *Revista Cervantes* alcanza los 27 números y su director, en uno de los pocos textos que firma con nombre propio, se despide de sus lectores advirtiéndole que se trata de una interrupción temporal. En realidad Zapata jamás volvería a retomar la revista. Todo parece indicar que el conflicto con su principal patrocinador en el último año, Rafael Maya, y el cambio del perfil de la revista al darle mayor protagonismo al popular costumbrismo y la afinidad partidista conservadora que reducía poco a poco los aportes literarios para convertirse en un órgano de difusión ideológica, lo llevarían abandonar el proyecto. Y bastarían estos ejemplares de la revista para hacer una radiografía de las lecturas de la época y de una generación caldense inquieta intelectualmente. Sin embargo,

¹ Llama la atención que, de acuerdo con la información disponible en sus propias ediciones, sus libros fueron distribuidos a lo largo del territorio e incluso fueron enviados a otros países.

el trabajo editorial de don Arturo no termina con la *Revista Cervantes*. Vuelve a Manizales y retoma una labor que comenzó junto al proyecto de la revista (se conoce que publicó 4 libros por encargo) y que le daría un lugar destacado en la historia editorial del país: la publicación de una colección de libros colombianos.

En febrero de 1933 con el sello *Arturo Zapata, Editor*, en las Imprenta Departamental de Caldas se publica el libro *180 días en el Frente*, narración del entonces joven reportero del diario *El Espectador* Arturo Arango Uribe, resultado de su experiencia al cubrir la guerra entre Perú y Colombia (retrata un Amazonas olvidado, pobre, ajeno y desconocido para el resto del país), y retoma con este libro la edición en serie de libros, muchos de los cuales se han convertido en piezas significativas de la literatura, el ensayo, la poesía, la historia y el periodismo de los años 30 y 40 en Colombia. Con más de 100 libros publicados a lo largo de dos décadas, según su propio testimonio (Gil 1981), editados principalmente entre 1933 y 1940 donde llega a publicar en promedio 12 libros por año con la meta de hacer entregas mensuales, las ediciones Zapata se caracterizan por circular en primeras ediciones obras originales con horizontes temáticos y estéticos que renovaban las letras de su generación, y por lo general con una fuerte afinidad frente a la realidad social. La segunda edición de la traducción de Bernardo Arias Trujillo *Balada de la cárcel de Reading* de Óscar Wilde en 1951, una versión que desató desde 1936 una polémica al controvertir la traducción de Guillermo Valencia de parte de un autor prolífico que se suicidó a los 34 años y reconoció su homosexualismo, podría considerarse el cierre de un proyecto emblemático en el cual participaría autores colombianos representativos de aquellos años de transición.²

Al igual que en la *Revista Cervantes*, las estrategias editoriales características de su revista son perfeccionadas en su edición de libros: encontramos entonces un cuidado gráfico en la edición y una curaduría de los textos destacable (las obras por lo general son asépticas a las erratas y a los descuidos ortotipográficos habituales en las ediciones colombianas). De igual manera, se plantea la edición desde una perspectiva comercial y se

² El editor Pedro Felipe Hoyos sostiene que la última publicación de don Arturo es la obra de Miguel A. Gallego *Tentación*. No obstante, después de confrontar la edición, no aparece registrado la fecha, por esto conservo la segunda edición como cierre emblemático de su proyecto. Zapata brinda la única entrevista conocida donde habla sobre su trabajo editorial a Jose Gil (1981) en donde hace un recuento de su importante labor editorial.

desarrollan estrategias de circulación que van más allá de la relación impresor-librero a las que se reducía la venta de libros en el país. El hecho de plantear la idea de una “Casa editorial”, la cual iba a popularizarse como organización editorial en el siglo XX, nos permite dimensionar la profesionalización en la cual se inscribe el proyecto de don Arturo. Y, sobre todo, se propone la edición de libros dentro del horizonte de una “colección”; es decir, de una selección de libros que se ajustan a parámetros estéticos que coinciden con su interés por consolidar un canon de autores colombianos contemporáneos renovadores de la tradición literaria y, en el caso particular de Zapata, con una fuerte inclinación social.

Toa, narración de caucherías (1933) de César Uribe Piedrahita, *La cosecha* de José Antonio Lizarazo, *Risaralda* (1935) de Bernardo Arias Trujillo, son tres de las novelas publicadas por Zapata que ponen de relieve el conflicto entre lo rural y lo urbano así como las tensiones entre un nuevo entorno capitalista en un medio aún con muchas características premodernas. Estas novelas, objeto permanente de análisis de investigadores en literatura, dibujan aspectos negativos del ser humano y del abismo de violencia y miseria dentro del proceso de formación política y económica del estado colombiano, sirviéndose de trazos de costumbrismo y realismo, aunque planteando una estética distinta a la narrativa costumbrista decimonónica. La inclinación por la crítica social también puede verse en los *Colombia S.A Cuentos proletarios*, del por entonces joven Antonio García, *Mi Simón Bolívar* (1930), *Cartas a Estanislao* (1935) y el *Remordimiento* (1935) de Fernando González, o *Una mujer: novela histórico social* de Natalia Ocampo de Sánchez. Los títulos fueron complementados paralelamente con obras en una dirección ideológica contraria y cercana a su generación, más afines por tanto a las políticas de derechas, como los trabajos de Silvio y Aquilino Villegas, Darío Henao, Jose Ramón Lonao, Roberto Londoño y la misma *Doctrina del fascismo* de Benito Mussolini. Además de ser una curiosidad el espectro ideológico amplio de las ediciones Zapata, esto revela su intención de anteponer el valor literario y testimonial que justifica su publicación antes que su filiación partidista, así como el manejo de las múltiples relaciones con intelectuales de las que el editor gozaba.

En efecto, las ediciones Zapata no solo tienen lugar obras sobre la realidad social o propagandas partidistas. También encontramos en su catálogo el libro de ensayos de Baldomero Sanín Cano *Divagaciones filológicas y apólogos literarios* (1934), *Diálogo en otros mundos* (1936) de Felix Restrepo, *Sociología colombiana* (1940) de Gregorio

Sánchez, o quizás el mejor libro publicado del poeta León de Greiff, *Variaciones alrededor de la nada* (1936). Estas obras, además de ser de autores reconocidos en su tiempo, tienen la característica particular de ser recopilaciones y no obstante conservar una cierta identidad y homogeneidad como libro, como si desde un principio fuesen proyectados para la publicación en dicho formato. Por ejemplo, el libro de Baldomero Sanín, que incluye los ensayos más reconocidos del autor como “De lo exótico”, escritos en distintos momentos y publicados en periódicos argentinos, colombianos y extranjeros, fue compilado exclusivamente para esta edición, consiguiendo una unidad que después se conservó en su edición en Chile y, en la misma edición de Ayacucho. No sería de extrañar por tanto que el mismo Zapata influyera tanto en la intención de publicarse en forma de libro como contribuir en la misma selección y en la organización de los ensayos. Algo semejante puede insinuarse del libro de Greiff, cuyo subtítulo es de por sí sugerente: “fantasías de nubes al viento”.

El último punto al cual quisiera referirme tiene que ver precisamente en cómo Zapata se convierte en un editor que no solo imprime y vende libros sino que también participa activamente en la producción del texto y propone sentidos al lector potencial de sus publicaciones. Me referiré solo a dos casos en donde se refleja este trabajo editorial y revela el cuidado aplicado a sus ediciones. El primer caso es de uno de los libros de Fernando González, el filósofo de Otra parte, quien siempre tuvo elogios para el editor y lo consideró “un editor de espíritu medieval, que no tenía nada que envidiarle a un editor europeo”. *El Remordimiento* (1935), recorrido narrativo y filosófico por la idea de culpa, del remorder de la conciencia, comienza con una nota editorial del propio Zapata donde indica que incluye dos cartas como introducción a la obra que justifican el retardo en la publicación del libro. La primera de ellas es firmada por el hermano de don Fernando, Alfonso³, quien fue el primer encargado de la revisión de la edición y en la epístola dirigida a su hermano, advierte sobre su trabajo: “Al sacar en limpio los originales de *El remordimiento* hice supresión de escenas y cambios de vocabulario en las dos primeras partes, es decir, en la confesión a manera de penitente escrupuloso. Tu personaje se confiesa un poco demasiado honradamente. Me pareció impúdico y he querido velar, en

³ El editor Pedro Felipe Hoyos (2013) sostiene que esta relación con Zapata comienza cuando Alfonso González se desempeña en un alto cargo burocrático en la administración judicial en Manizales.

busca de aquello que te decía Tomás Carrasquilla: ‘Escriba un libro para las mujeres, que todas quieren leerlo y los curas no las dejan’”.

A continuación el propio Fernando contesta la carta donde advierte “Si yo escribiera libros aprobados aquí, no valdría nada, sería un Laureano Gómez” “Tú extractaste mi libro, extractaste de él los himnos y las conclusiones y le pusiste camisa púdica; abandonaste la vida”, “¿Cómo te atreviste a poner ‘calzones’ de Toní, en vez de ‘calzoncitos’? La muchacha tiene ‘calzoncitos’, o sea, pequeños, limpios, y Pacho-loco, el mendigo que acaba de entrar a casa, tiene ‘calzones’” “Para los colombianos, yo soy pornográfico. Pueblo mísero, envilecido por centurias de dominio español, convento de clérigos vestidos hasta las orejas, pueblo cuya capital es Bogotá, ciudad habitada por hombres que piensan, escriben y viven para “cubrirse”, porque son pecados andantes. Miguelángel, Goethe, el Libertador y yo no nos tapamos”. En la carta, González no solo defiende la originalidad de su lenguaje o la defensa de su obra tal y como fue concebida, sino que también las cartas nos ayudan a identificar sus intencionalidades y la polémica moral que despierta. Así pues este paratexto, además de abrirnos la curiosidad frente a la polémica familiar, introduce sentidos que contribuyen sin duda en la comprensión de la obra: es claro que el libro pretende atacar la moralina en la cual está construida la sociedad colombiana, moralina de la cual nadie escapa, incluso en la familia del autor, e incluso en el propio personaje principal. Esta decisión editorial, innovadora además por no ser la habitual introducción temática, es elocuente sobre la propia originalidad del trabajo editorial de don Arturo.

La utilidad de estos paratextos también se ponen en evidencia en la edición de *Toa: narración de caucherías*. Investigadores como Escobar Mesa (2011) y Edwin Carvajal (2013), han demostrado que las ilustraciones que acompañan a la edición de esta singular novela de César Uribe Piedrahita, y que no han vuelto a aparecer en las reediciones subsiguientes de la obra, son parte importante del sentido del texto y orientan al lector acerca de la originalidad de la propuesta y muchas de sus intenciones estéticas.

Comenzando por la carátula, donde se muestra la cabeza de un hombre en fondo negro, a quien le salen gotas de sangre por la boca y corren por el cuello degollado, en una escena terrorífica que pronostica muchas de las escenas narradas por el autor, ayudan a crear desde el principio una atmosfera de horror en la que insiste el autor al recrear los acontecimientos ocurridos en la explotación del caucho al sur del país. Los grabados que acompañan las

primeras páginas, elaboradas por Alberto Arango Uribe, ilustrador de la carátula, Arturo Arangón y el mismo César Uribe Piedrahita, establecen una relación sinérgica entre texto e imagen, representan el drama humano en el cual se van a ver inmersos los indígenas, recrean algunas situaciones de la novela y además perfilan personajes que van a aparecer en la obra.

Los paratextos, recurrentes en varias ediciones de Zapata, que consisten en las ilustraciones de las carátulas, las introducciones, los glosarios que acompañan los libros, las técnicas de impresión, la tipografía, la organización del textos, y sobretodo el trabajo editorial que nos deja ver el editor con el texto [por ejemplo el subtítulo de *Risaralda: película de negredumbre y de vaquería, filmada en dos rollos y en lengua castellana*, que recuerdan cómo se planteaba un ejercicio narrativo en diálogo con el recién aparecido cinematógrafo planteando una construcción textual original y distinta] nos permiten confirmar que estamos ante un editor con características modernas, lo cual incluye el desarrollo de estrategias editoriales, la propuesta de un catálogo de autores, y la concepción del trabajo editorial como una industria cultural. Frente al escaso grado de institucionalización del campo literario en Colombia la labor de Zapata constituye una curiosidad atractiva. Pero más allá de llamar la atención sobre los textos que editó o valorar su trabajo hasta cierto punto desconocido en la historia de la literatura colombiana, aproximarnos a su labor nos permite vislumbrar los procesos de modernización literaria, en cuanto a las temáticas y estéticas de los textos, así como los procesos de profesionalización de la figura del escritor al igual que la creación de un sistema de valores literarios que van adquiriendo una cierta autonomía frente a los poderes políticos y económicos en donde descansaba la mayoría de la producción literaria. Por desgracia, no hay tiempo suficiente para abordar todos estos detalles pero sin duda su nombre hace parte de la historia del libro y de la edición en Colombia que entre todos estamos construyendo.

Bibliografía

- Bourdieu, P. (2002). *Campo de poder, campo intelectual*. Buenos Aires: Montresor
- Castañeda, C. (2003). *Del autor al lector. Libros y libreros en la historia*. México: Centro de Investigaciones Antropológicas.
- Chartier, R. (2006) *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza

Chartier, R. (2000). *Entre poder y placer: cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*. Madrid: Cátedra.

Chartier, R y Cavallo, G. (1998). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus

Danton, R. (1982 [2008]) “¿Qué es la historia del libro?”. *Prismas*, Vol.12, No.2

Hoyos, P. (2013). “La editorial Arturo Zapata”. *Letra 2* No 2, septiembre.

Escarpit, R. (1965). *La revolución del libro*. Madrid: Alianza.

Gil, J (1981). “El gran editor Arturo Zapata” [Entrevista]. *Manizales* No 486.

Gil Montoya, R. (2010). Posturas intelectuales y políticas del Grecoquimbayismo. *Historelo: Revista de Historia Regional y Local*, Vol.2, F.4.

Martin, H. y Chartier, R. (1989). *Histoire de l'édition française* (3 T). París: Fayard

Parada, A. (2014). “Cruces y perspectivas de la cultura escrita en la Argentina: historia de la edición, el libro y la lectura.” *Cuadernos de Bibliotecología* No 24. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Subercaseux, B. (2000). *Historia del libro en Chile (alma y cuerpo)*. Santiago: Lom

Ediciones de Arturo Zapata

(Selección realizada a partir de consulta en las principales bibliotecas colombianas)

(1928) Toro Uribe, Juan Antonio. *Apuntaciones higiénicas*

(1933) Arango Uribe, Arturo. *120 días en el frente*

(1933) Villegas Hoyos, Aquilino. *La moneda ladrona*

(1933) Calderón, Tomas. *Sesenta minutos*

(1933) Uribe Piedrahita, César. *Toa: narraciones de caucherías*

(1934) Arango Villegas, Rafael. *Asistencia y camas se puede tocar tarde*

(1934) Londoño Villegas, Roberto. *Charlas de Luis Donoso*

(1934) García Nossa, Antonio. *Colombia S. A*

(1934) Sanín Cano, Baldomero. *Divagaciones filológicas y apólogos literarios*

(1934) Arias Trujillo, Bernardo. *En carne viva*

(1934) Otero D'Costa, Enrique. *Historietas (leyendas y tradiciones colombianas)*

(1934) Márquez Bravo, Tomás. *Impresiones de Jaime Kendel*

(1934) Pineda, Roberto. *Panorama de cuatro vidas*

- (1935) González, Fernando. *Cartas a Estanislao*
- (1935) Congreso Eucarístico Diocesano de Manizales. *Congreso Eucarístico Diocesano de Manizales : relación, piezas y comentarios relativos al Congreso*
- (1935) González, Fernando. *El remordimiento: (problemas de teología moral)*
- (1935) Vega, Fernando de la. *Entre dos siglos*
- (1935) Villegas Angel, Camilo. *La Baronesa de Stael*
- (1935) Osorio Lizarazo, José Antonio. *La cosecha*
- (1935) Lanao Loaiza, José Ramón. *La cuestión religiosa*
- (1935) Lanao Loaiza, José Ramón. *Mirando las izquierdas*
- (1935) Castañeda Aragón, Gregorio. *Pueblos de allá: España, Francia, Italia*
- (1935) Arias Trujillo, Bernardo. *Risaralda: película de negredumbre y de vaquería, filmada en dos rollos y en lengua castellana*
- (1936) Wilde, Oscar. *Balada de la cárcel de Reading*
- (1936) Arango Villegas, Rafael. *Bobadas mías*
- (1936) Restrepo Mejía, Félix; Abadía Méndez, Miguel. *Diálogos en otros mundos*
- (1936) Restrepo, Roberto Luis. *Dicarquismo: o si la razón fuera gobierno*
- (1936) López Giraldo, F. *El apóstol desnudo o dos años al lado de un mito*
- (1936) Serrano Zuñiga, José María. *Investigaciones jurídicas sobre baldíos*
- (1936) Lanao Loaiza, José Ramón. *Las pampas escandalosas*
- (1936) *Manizales: itinerario fotogénico*
- (1936) Ocampo de Sánchez, Natalia. *Una mujer: novela histórico social*
- (1936) Greiff, León de. *Variaciones alrededor de nada*
- (1936) Sánchez Gómez, Gregorio. *Vida de un muerto: relato novelesco, de fantasía y humorismo*
- (1937) Aguilar, Enrique. *El cristo de la Edad Media*
- (1937) Paris Lozano, Gonzalo. *Guerrilleros del Tolima*
- (1937) Valois Arce, Daniel. *Itinerario espiritual*
- (1937) Villegas Jaramillo, Silvio. *No hay enemigos a la derecha: (materiales para una teoría nacionalista)*
- (1937) Restrepo, Daniel. *Nociones de alta crítica*
- (1937) Sánchez Arenas, Ricardo. *Pereira: 1875-1935*

- (1937) Velasco Madrinan, Luis Carlos. *Piedras falsas: libros de cuentos sintéticos, historia, crónica y crítica*
- (1937) Hoyos Vásquez, Jorge. *Reminiscencias de Jorge de Hoyos*
- (1937) Carvajal, Mario. *Vida y pasión de Jorge Isaacs*
- (1938) Suárez, Arturo. *Rosalba: historia de un amor grande y verdadero*
- (1938) Pérez y Soto, Simón. *De poetas a conspiradores...*
- (1938) Arias Trujillo, Bernardo José. *Diccionario de emociones*
- (1938) Mussolini, Benito. *La doctrina del fascismo de Benito Mussolini*
- (1938) Casas Barrios, Roque. *Proceso sintético del pensamiento filosófico*
- (1939) Marulanda Correa, Francisco. *El dinamismo de la libertad en la formación de carácter*
- (1939) Arroyave de la Calle, Julio César. *Montañas de oro*
- (1939) Echeverry Márquez, Virgilio. *2 y 2 son 4: democracia potencial*
- (1940) Ángel Maya, Benjamín. *Bobadas de otro (crónicas humorísticas)*
- (1940) Martínez Sarmiento, Rafael. *Jurisprudencia Magdalenense*
- (1940) Rojas R., Israel. *Los grandes azotes de la raza* 3
- (1940) Hernández Mesa, Mauro. *Nuestras plantas medicinales*
- (1940) Arciniegas, Rosa. *Playa de vidas*
- (1940) Río, Bertha del. *Sentires y cantares*
- (1940) Hoyos Vásquez, Jorge. *Reminiscencias de Jorge de Hoyos*
- (1941) Henao, Daniel. *Yo vi la batalla de Francia*
- (1942) Ángel Maya, Benjamín. *Bobadas de otro (crónicas humorísticas)*
- (1942) Echeverri Mejía, Oscar. *Destino de la voz*
- (1943) Arango Franco, Ricardo. *Canción crepuscular*
- (1943) Restrepo, Roberto Luis. *Intimidades de un médico*
- (1944) Mejía Álvarez, Sixto. *Mi senaturía y otros cuentos*
- (1944) Mora Ángel, Francisco. *Tierra, amor y sangre*
- (1945) Mejía Jaramillo, Gustavo. *A través de mi lente*
- (1945) Rojas R., Israel. *Logo-sophia*
- (1947) Rojas R., Israel. *Los grandes azotes de la raza*
- (1947) Vélez Sáenz, José. *Vidas de Caín*

(1950) Pineda Castillo, Roberto. *Panorama de cuatro vidas*

(1951) Wilde, Oscar. *Balada de la cárcel de Reading*